

PUZLE
DE UNA ESCENA
DE CAZA

Reyes Navas Montalvo

COLECCIÓN PIEZAS DE NARRATIVA

Primera edición, mayo 2026

©Reyes Navas Montalvo, *Puzle de una escena de caza*

Collages y diseño de cubierta: ©Patricia Lodín

Edición: ©Piezas Azules, editorial independiente
piezasazuleseditorial.com

Imprenta: Estugraf

ISBN: 979-13-991643-1-2

Depósito legal: M-5910-2026

Piezas Azules llamábamos en nuestro lenguaje a los proyectos locos que se nos ocurrían. Eran proyectos con los que nunca nos haríamos ricos, con los que posiblemente nos hiciéramos más pobres, pero eran tan bonitos que tenían la vocación de no quedarse para siempre en el terreno de los sueños.

PUZLE
DE UNA ESCENA
DE CAZA

Reyes Navas Montalvo



Edición limitada y numerada de 200 ejemplares



Allí donde reina la oscuridad, ocurre siempre un
milagro.

Las Tempestálidas, Gospodinov

Aquí, en las paredes, resuenan gritos de
desesperación. En medio de la oscuridad estigia
hay una tormenta fantástica. Torbellinos violentos e
infernales se llevan las almas atormentadas.

Piotr Ílich Chaikovski

Siempre encontramos alguna cosa que nos produce
la sensación de existir, ¿no es cierto, Didi?

Esperando a Godot, Samuel Beckett

Acecho a la luna desde mi cama. La empujo fuerte con el pensamiento para que ya se esconda y deje salir al sol. En cuanto vea un rayito de luz por el rincón derecho de la ventana, será la señal a la que papá me ha dicho que debo estar atenta.

La de los cazadores.

Y tendré que bajar las escaleras del patio corriendo, con cuidado de no hacer ruido para no despertar a nadie. Me pondré las botas nuevas que me regaló por mi cumpleaños y el anorak verde de camuflaje.

Papá me lleva hoy a matar al corzo.

Nunca he visto morir a uno ni a casi ningún animal. Sólo a una yegua a la que, después de parir, le había desgarrado el cuello un buitre. Estaba tirada en el campo, desangrada, tiñendo de rojo su pelo que nunca más fue immaculado.

Llevaré mi propia escopeta.

Papá está en las cuadras, preparando los morrales con el capataz. Ha metido un trozo de pan con queso para el almuerzo y la cantimplora con café y su petaca de aguardiente.

Me ha dicho que me dejará beber.

A mamá no le gusta que vaya al campo a cazar con él. Dice que esas no son cosas para que hagan las niñas. Pero a mí me gusta estar con papá, me gusta cuando me lleva a hacer cosas que sólo hacen los hombres. Me gusta que me cuente que él, de niño, también lo hacía con su padre.

Papá confía en mí.

Los podencos caminan delante de nosotros y enseñuñada husmean con los hocicos por la tierra buscando los olores que ellos saben que tienen que buscar. Hoy hemos traído al Centurión y también a su hija, la Candi, para que aprenda.

Yo quiero mucho a la Candi.

En el campo, la cebada está verde y no cruje como en verano, con ese sonido tan machacón que hacen los grillos.

La tormenta se acerca. Parece que el cielo se fuera a deshacer por arder con tanto rayo. Pero nuestros perros no se asustan por los rayos ni los truenos.

Papá me pregunta si me pesa la escopeta y le digo que no, pero me pesa, y la cincha se me hunde con un hoyo en la carne.

La Candi se está poniendo nerviosa, hace el molinillo con el rabo y el Centurión sale corriendo detrás de ella para ayudarla.

¡Para ahí!, me ordena papá, con un grito pequeño que me pone en guardia, y él se queda tras la roca y yo me quedo también, sin respirar, escondida tras el pecho de paloma, esperando a ver qué hacen los perros.

Y es que no debemos asustar al corzo.

No puede oler que estamos ahí.

No puede saber que vamos a por él.

Yo nunca he disparado a un corzo ni a nada que se mueva, sólo a las latas que me pone papá en la explanada de la cebada en el verano, cuando ya la han segado, y siempre pienso que si las latas, en lugar de estar vacías, estuvieran llenas de tomate, se esparcirían las gotas por todos lados y a la cebada parecería que la han asesinado.

¡Alerta, quieta!, otra vez papá, más calmado, arras-trando las letras despacito porque cree que me estoy distra-yendo.

Pero yo no me distraigo cuando estoy con papá.

Ha aparecido un corzo delante de las jaras y el Cen-turión le ladra con los dientes al aire y el hocico replegado para asustarlo, pero la Candi se arroja encima de él y le muerde las patas y el corzo salta desquiciado.

La Candi es muy valiente, pero no sabe que no se debe destrozarse a las piezas de caza.

Sólo desconcertarlas.

Así dice papá, desconcertarlas.

Papá se pone nervioso. La Candi se pone nerviosa. El Centurión alza las orejas y espera una orden de papá. La Candi no entiende lo que hace el Centurión, ahí, tan parado. Y se le engancha al cuello al corzo tratando de arrancarle el pedazo y de llamar la atención del Centurión. Ella lo quiere hacer bien, pero lo estropea todo.

Sigue tira que tira del pedazo.

Cada vez más fuerte.

El corzo trata de zafarse, se revuelve, pero sabe que es mejor dejarse hacer, que así todo se acabará antes.

Y al corzo, al final, se le aflojan las patas. Se deja caer. Dobla las rodillas.

A mí me parece que es una hembra, porque enseguida ha dejado de luchar.

¡Dispara, ahora, dispara!

¿Y si le doy a la Candi, papi?

¡Dispara, hostia, dispara!

La Candi cae, junto a la corza. Y me mira, con esos ojos de miel que se apagan.

El aire huele dulce, a violetas, y a las jaras y a la colonia de verano de papá y a lo seco de esa tormenta que no acaba de llover.

Las nubes vuelan veloces y sucias sobre nosotros temblando como alas de buitres.

Las dos muy pegadas, la Candi y la corza.

Y el Centurión, subido en la roca de pecho de paloma marcando la postura vigilante.

Y papá, amartillando la escopeta para rematar a la Candi.

Y el cuerpo herido que se levanta un poco de la tierra con un estertor, como hacen las liebres cuando pegan el último brinco infladas de perdigones.

Y papá se le acerca a la Candi y le pone su espejito, el que lleva siempre en el bolsillo del pantalón, lo acerca a su hocico y en el espejito de papá apenas queda una sombra de vapor.

Y entonces llegan las moscas, en enjambre, borrachas por los olores que se desprenden de los cuerpos.

Y papá, que dice que a las moscas les atrae el olor dulzón de la muerte.

Y los buitres, allá arriba, desgajados de las nubes, bajando en círculos, cada vez más cerca, planeando, con las plumas blanco brillante poniéndole perlititas al plomo. Haciendo turno, con sus alas detenidas en instantes, al acecho, girando y girando, sin romper el trazo, pareciendo que se van, pero no.

Y papá, arrastrando a la Candi sobre la tierra gruesa, tirando de las patas, el cuerpo cimbreado, el cuerpo magullado, el cuerpo escondido entre las jaras.

Y dice que no la mire para que no sueñe con ella.

Y me promete que después vendrá el capataz para enterrarla. Y que nos vayamos. Y que no mire.

La corza se queda ahí, sola, en el centro del aguardo, su chapa de corazón blanco como el blanco de los cuellos emplumados, tendida sobre un costado en la roca de pecho de paloma, como una perlita, con la boca entreabierta y los ojos velados y la carne desparramada por el cuello y el costado.

No sabemos adónde habrá ido el Centurión. En el fondo, ese perro es un cobarde.

La casa me recibe en penumbras. Tu padre ha muerto. Dice. Y cuelga. El día ha amanecido turbio, cargado de electricidad. Sólo un tenue resplandor desde la claraboya alumbra la casa dejando una impronta desvaída en el centro del pasillo. Me quito los zapatos en el recibidor, dejándolos sobre las bayetas que ella usa para abrillantar el suelo. En el espejo, apenas perfilado sobre el cromo mortecino del azogue, queda reflejado el contorno oblicuo y distorsionado de la puerta cerrada de la calle.

Dejo colgada la mochila en el perchero, junto a la escopeta de papá que, con la cincha cuarteada, apunta los cañones hacia el techo.

Huele mucho a lejía y a ese aroma falso del jazmín de las adelfas con las que a mamá le ha dado por inundarlo todo.

Había hablado con él apenas hacía dos noches, empeñado en que pasara a verlo, ahora que yo había vuelto a la finca.

Tu padre ha muerto. Dice. Y cuelga.

Supongo que mamá estará en la salita pues se desliza una franja de luz por debajo de la puerta. Toco, pero no contesta. Abro una rendija y el foco de una linterna que se tambalea sobre la mesa camilla me ciega por un momento. Está masticando un bollo de manteca frente al televisor apagado. Tiene el mando en una mano y con la otra pringa el bollo en un tarro de azúcar antes de llevárselo a la boca. Frente a ella, la caja de los mantecados, con los plásticos destripados sobre el cartón. Aún no se ha vestido. Asoma el camisón por debajo de la bata azul de guatín y, por encima, esa chaqueta de color mostaza que tiene pelotillas en los puños y deslucido el borde de los botones.

No necesito más luz para llegar al dormitorio. Por la clara-boya del pasillo se atisba un cielo redondo de color mortecino. El olor al jazmín es muy fuerte en esta parte porque, además del jarrón del recibidor, ha colocado dos vasijas en cada extremo del pasillo sobre pedestales de mármol. Los pétalos desfallecen marchitos desde los tallos, a punto de desintegrarse por falta de agua. Hoy va a ser un día cargado de electricidad. Viene tormenta. Quizás, al final, llueva. Todas las persianas de la casa están bajadas.

Apenas iluminado por la débil luz de una bombilla de vela en la mesita de noche, yace el cuerpo de papá. Está sin arropar, boca arriba, embutido en un pijama enorme y con la mandíbula cerrada por el lazo de un pañuelo.

Los perfiles de los muebles de la habitación apenas se distinguen, distorsionados por los claroscuros. Todo parece haberse quedado reducido a la mitad.

Se le ve consumido bajo esa tela enorme de tergal. Sólo la cabeza, firme sobre la almohada, conserva cierta dignidad. El cuello, muy hacia atrás, pronuncia la nuez, que da la impresión de ser más grande por el filo que le marca el último botón de la chaqueta. Le ha cerrado la mandíbula, pero no los ojos, que tiene velados a media asta. Tiene enrojecida la esclerótica. No lleva puesta la dentadura. Está sobre la mesilla, metida en un vaso sin agua junto a la cuña del pis. Me acerco a su boca y lo huelo. Lleva puesta su colonia de jara, la del verano.

Recorro su calva con un dedo, lo deslizo por el dorso de la mano. Aún no está frío. La uña del meñique, larga y afilada, corta al tacto como la del abuelo. No lleva su anillo de boda.

El aire asfixia con tanto olor concentrado, su colonia, las adelfas, las persianas cerradas, el ojo precintado de la clarraboya, el amoniaco de la descomposición.

Frente a la cama hay dos sillas descalzadoras y, tras ellas, el armario del abuelo, el único mueble de la estancia que parece conservar su auténtica dimensión.

Me dejo caer sobre la alfombra de piel que hay extendida entre las dos butacas descalzadoras. Es de una hembra, de cuerpo completo. Su chapa vulvar relumbra en forma de corazón blanco. Entrecierro los ojos y los dejo vagar por el techo. Quién sabe en qué se fijaría él cuando sintió la punzada de la muerte. Quién sabe si se puso a contar las florecillas de esa lámpara de tres brazos dorados que mamá se empeñó en que arrancara a última hora del salón de la finca. Quién sabe si recordaría los cables pelados a tirones en la trasera de aquella furgoneta de mudanza.

Me gustaría ser capaz de sentir ahora lo mismo que él cuando buscó el alivio en ese muro y descubriera que no hay nada tras él. Me gustaría poder llorar.

Se ha ido, él, un coloso, capaz de cubrir el ancho de la tierra con uno solo de sus pies. Y lo ha hecho tendido donde a él le gustaba, en el lado más próximo a la puerta.

Por si hay que salir pitando, te lo dice un vividor.

Con la cabeza apoyada sobre su propia almohada. Firme y muy bajita, *para no atragantarme.*

Cada cual, con sus babas, niña.

Sobre una tela blanca de algodón.

Mancillada de manchas púrpuras, de pegotes de saliva.

Desaliñado el pelo del cogote, con una largura desacostumbrada, los mechones separados por el sudor.

Soy de sudar, hasta en invierno.

Las costras en la calva, de tanto sol, marrones y rojizas, rizadas las oscuras en los bordes a causa de la falta de hidratación.

Hace calor aquí y, sin embargo, ha cerrado la ventana.

¿Se puede saber qué haces ahí tirada?

Está inclinada sobre mí, su cara muy cerca de la mía, con granos de azúcar pegados en la barbilla y el control de la televisión en la mano.

¿Cómo has entrado? No te oí. ¿No me puedes avisar?

Sin esperar a que la conteste, se dirige a la ventana y se queda mirando fijamente, de espaldas a mí, quizás seducida por la oscuridad que brota del cristal.

¿Cuándo fue? Aún está tibio.

Lo encontré así al despertarme. No te sabría decir.

¿Y qué te ha dicho el médico?

¿Qué médico?

Qué médico va a ser, mamá, vuestro médico, el que tengáis.

No entiendo para qué hace falta un médico.

¿Para qué va a ser un médico?, ¡¿para qué va a ser, mamá?!

Me incorporo para llegar hasta su lado. No vuelve la cara. Me sudan las manos. Las dos, sin movernos, con la mirada al frente sobre la persiana cerrada.

Dime que has llamado a un médico, por favor, mamá.

No me vengas con esas, que yo sabré lo que hay que hacer. Ahora no hay nadie ahí. Habrá que esperar a que amanezca. Total...

Ya ha amanecido. Hace rato que ha amanecido. ¿No ves la luz que entra por la claraboya? No ves el ángulo del rayo en el suelo del pasillo. Si abrieras la persiana... Si abrieras te darías cuenta de que es de día. Aquí no se puede respirar.

A él le gusta así, todo cerrado. Ya ves tú. Y eso que era tan caluroso, tan exagerado.

Y no te enteraste de cuándo pasó, ¿no lo oíste?

Te he dicho que no, que estaba así cuando me desperté. Se había ido la luz. De madrugada. Pita la nevera y ya sabes que se ha ido. Siempre pasa cuando va a llover de tormenta. Debe de andar por algún lado cerca de aquí. ¿Caía ya en la finca?

Ni una gota.

No me has dicho aún cómo entraste. No te oí.

Supuse que estaría donde siempre.

Así que la dejó en el tiesto, por si venías... Le dije que no se hiciera ilusiones. Se había vuelto tan ingenuo... Ya ves tú.

No tanto. Aquí estoy.

Tarde, sí, pero estás. Estás.

Y me mira de arriba abajo. Y vuelve la vista a la persiana.

Voy hacia el galán de noche donde papá deja su ropa. Ella permanece en la ventana. Sobre el pasador de madera hay colgado un pantalón crema de telilla de entretiempo. El cinturón, como siempre, lo tiene mal colocado, sin pasar el cuero por las dos trabillas de atrás. La camisa ha quedado tirada en el suelo. Es de las buenas, de las que le bordaron con sus iniciales en la solapa del bolsillo. La recojo. La doblo.

Y la cuelgo en la percha. Cuido de que las sandalias queden alineadas en la rejilla de abajo, porque la izquierda está colocada donde debería estar la derecha.

¿Se fue la luz también en la finca?

Te he dicho que no.

Me has dicho que no llovía.

Allí no llovía, no.

Está todo seco. No se puede respirar. Ni me imagino en el campo. Las plantas se ahogan. Debería llover, eso han dicho. Que al final lloverá.

Y, sin embargo, lo tienes todo cerrado.

Te he dicho que era cosa de él. Que le gustaba así. ¿Es que no escuchas?

Pues abre, entonces. Ahora ya no está para mandarte nada.

Ahora, no, más tarde, que a esta hora anda esa husmeando por ahí.

¿Esa?

No lo entenderías.

Mira, mamá, déjate de acertijos. Quiero que lo vea un médico.

¿Para qué? Qué perra te ha dado con el médico. Está muerto. ¿No lo ves? ¿Qué le va a hacer un médico?, ¿resucitarlo?

Ni siquiera habrás llamado a emergencias.

No veo qué emergencia es cuando uno está muerto.

La camisa se escurre y cae de nuevo sobre la alfombra y la recojo otra vez y la cuelgo en la percha.

¿Y esta alfombra? ¿qué pinta aquí?

Quería que te la mandáramos, te quería hacer ese regalo, pero no sabía adónde. Ahora ya sabemos.

¿Crees que pudo ser otro ictus?

No sé, no estaba muy torcido cuando le he puesto el pañuelo. Se le había quedado abierta la boca, eso sí, y sin la dentadura... para qué decirte. Me había tomado dos pastillas. De las verdes. Me da jaqueca cuando viene tormenta. No lo oí. Te lo he dicho.

La gente grita cuando se siente morir, se desespera.

¿Cuánta gente has visto tú morir?

La gente grita, mamá. Se asusta.

Es que, si no, no pego ojo. Sólo me las tomo ya cuando viene tormenta. La cabeza me estalla después por las mañanas. Y él sueña mucho. Y no me deja parar.

El abuelo les gritaba a todos, ¿no te acuerdas?

Igual gritó, no sé, con tal de parecerse a él...

¡Sois todos unos mierdas! ¡Todos!, (me pongo delante de ella y lo imito, estirando un dedo con el brazo extendido) y vosotras... (la señalo) ¡unas putas! (arrastro bien la s hasta que se me salen las babas)

Ese cabrón...

Creía que te caía bien el viejo. (Me retiro las babas con el dorso de la manga.)

Me acerco hasta la cama y lo cubro hasta la barbilla con la sábana. Tiene saliva de color naranja coagulada en los labios y una gran mancha de orina en la bragueta.

¿No te quedarías dormida con la tele puesta y cuando viniste ya había muerto?

Agarra el pasador de tela de la persiana y tira de él hasta ahuecarlo al máximo, soltándolo con violencia para que los listones caigan. Los listones chocan, acoplándose con el ruido de una carraca. Acerca la cara al cristal por encima del visillo como si quisiera asegurarse de que nada podría penetrar por ahí.

No hubiera sabido a qué médico llamar de todas formas.

Todo el mundo tiene un médico, no me vengas con esas. O si no, están las emergencias.

Él ya no iba, decía que para qué. Estaba muy desanimado.

Pero no enfermo. No me dijo que lo estuviera.

Aunque igual ha sido otro ictus, sí. Es verdad que tenía la boca algo torcida ahora que lo pienso. Me costó enderezarlo con el pañuelo.

Si me hubiera dicho que se sentía mal, habría venido...

Le gustaba presumir de que estaba estupendamente. El orgullo de su casta, ya sabes. Pero igual, tanto exceso... eso se repite.

Pero ya no bebía.

Bueno, si te dijo eso...

Sonaba animado. Le conté lo de los perros. Le gustó la idea de que la finca reviviera después de tanto tiempo.

O del disgusto...

¿Qué disgusto?

Menudo se puso... y la nohecita que me dio después de hablar contigo.

Pero ¿qué disgusto?, ¿qué quieres decir?

Cada vez que hablaba contigo se descomponía.

No me apetecen tus juegucitos, mamá.

Sentía que lo odiabas. Eso decía.

¿Más mentiras?

Soñaba contigo. Unas pesadillas horribles.

¿De qué hablas?

Te he dicho que soñaba mucho y que no me dejaba dormir.

¿Te contaba sus sueños? ¿A ti? Venga, mamá...

Hablaba. Lo hacía mucho cuando soñaba. Con la finca y eso.

Creía que no escuchabas nada cuando dormías. Que te tomabas tus pastillitas verdes.

Cuando va a haber tormenta... A veces es imposible no escuchar.

¿Y qué soñaba de mí?

Siempre lo mismo, te digo. Pamplinas de viejo.

No era tan viejo.

El alma sí. Eso es igual.

Todo lo acabas enredando, mamá.

No hace falta que las cosas sean verdad para que se hable de ellas, ¿no?

Se acerca a la cama y arrima la nariz hasta casi rozarlo. Le olisquea por la boca entreabierta y luego por el pecho, sin correr la sábana. Se cubre la nariz con un gesto de repugnancia.

Un asco llegar a viejo.

Podrías haber llamado a la vecina. Ella te hubiera ayudado.

¿A esa loca?

Mamá, no se puede dejar a alguien así, sin más, sin avisar a nadie. Hay unas normas.

¿Ahora resulta que te has vuelto de normas?

Se saca un bollo del bolsillo de la bata y se pone a morder el contorno, dejando caer las migas y el azúcar sobre el suelo, parada de nuevo frente a la ventana, tratando, con cada mordisco, de mantener intacta la línea original del círculo. El bollo se va achicando, hasta que parece que vaya a engullir sus propios dedos.

Me acerco y subo la persiana hasta la altura de los ojos. Acaba de amanecer pero la luz parece agotada.

Bájala ahora mismo. ¿Qué quieres? ¿Que nos vea?

¿Y qué pasa con que nos vea?

No la aguanto. Se pasa el día husmeando tras la tapia a ver qué hacemos. Es insoportable. Hay que tener todo cerrado por ella.

Yo creía que era papá el que lo quería tener todo cerrado.

¿Ahora te tengo que dar explicaciones de nuestra vida? Creía que no te interesaba lo más mínimo.

Y no me interesa. Para empezar, no sé por qué me has llamado si lo tenías todo tan claro.

Pensé que querías despedirte de él. Según llorabas aquel día...

Deja eso, mamá.

Mi papá, mi papá.

Que lo dejes, te digo.

Pues aquí tienes a tu papá. Ahora te despides de él como Dios manda.

Se pone a recoger los restos del bollo que han caído al suelo y los echa al bolsillo de la bata. Vuelve a la butaca y se sienta, estirando las piernas desnudas frente a sí sobre la piel de corzo. Tiene descamadas las pantorrillas, recorridas por varices abultadas. Las zapatillas son de un tejido de invierno con cuadritos marrones y rojos, como las costras de la calva de papá. Ha sacado el control de la televisión de la bata y lo masajea, toqueteando los botones.

¿Qué piensas hacer con él, entonces? ¿Llamarás a la funeraria?

Igual mejor al médico.

¿No decías que no hacía falta?

Yo no he dicho eso. He dicho que no corría prisa.

Mamá, me estás volviendo loca. Yo llamaré.

No, deja, que ya he llamado.

¿A quién has llamado?

A la funeraria. ¿Es que no escuchas?

Pero no decías que si un médico mejor...

Es que ellos tienen médico. Tienen de todo. Así que no hay que preocuparse. Eso me han dicho, que no me preocupe. Que ellos se encargan.

Con un pie empuja sobre el talón del otro y se saca una de las zapatillas. Acto seguido lo hace con la otra. Estira los dedos de los pies y se los mira atentamente. Parece aliviada.

¿Cuándo vienen entonces?

Al mediodía, eso es, al mediodía han prometido.

¿Pero quién? ¿El médico?

¡Ellos, ellos!

¿Hasta el mediodía no van a venir?

Que vendrán hacia el mediodía, te digo. Hacia. Si pueden, claro... parece que le dio a todo el mundo por morirse anoche.

¡¿Cómo?!

Las tormentas, que lo trastocan todo.

Gira hacia arriba la palma de su mano derecha y repasa las líneas de la vida con la punta del dedo corazón, después de deslizar el mando de la tele en el bolsillo de la bata. Se levanta y se acerca hasta mí. Aún yo sentada en la silla, apenas me saca la cabeza. Tengo la impresión de que ella también ha encogido.

¿Cuál es la de la muerte?, ¿lo sabes?

¿Para qué me has llamado, mamá?

Les he dejado bien claro que nosotras lo tendremos preparado para cuando vengan.

¿Cómo que preparado? Preparado ¿para qué?

Eso es lo que hacen las personas decentes. Encargarse de sus muertos.

Me aprieta en el pecho, donde está el corazón, hasta hundirme el dedo en el hoyo. Se lo retiro de un manotazo.

Según tú, ¿qué es una persona decente, madre?

¿Sabes qué?, que cuantas más vueltas le doy, más segura estoy de que ha sido del disgusto.

¿Pero qué dices? Ni que fuerais el matrimonio perfecto. Hasta me extraña que siguierais durmiendo juntos.

Me toma de la mano y tira, arrastrándome con ella hasta la cama. Las dos, paradas frente a él, asegurándonos de que nada podría salir vivo de ahí. Mamá lo apunta con el mando de la tele como si lo regañara.

Y eso que lo tenían advertido, pero él te tenía que llamar... por sus santos cojones te tenía que llamar.

¿Por qué no le llenaste el vaso con agua? La dentadura ahí, seca, sin limpiar. Al lado de la cuña, con todo ese pis...

Agita los visillos de tul de la ventana hasta que quedan bien alineados en el centro, cuidando de que no se solapen, acariciando la tela de arriba abajo. Baja la persiana un tanto, pero sin cerrarla del todo.

Hay nubes, sí. Parece que es verdad que lloverá. Muchas nubes, bien oscuras, cargaditas de agua y truenos. ¿Y por qué le gustaría tanto la oscuridad? ¿Te lo dijo alguna vez?

La montaña, cuando despuntaba el sol, era especial para él. Y la luz apagada del atardecer, al volver con los perros.

La caza, siempre la jodida caza.

Se agacha, para que su cabeza quede a la altura de la franja abierta que aún asoma en la persiana, ayudándose con las manos para sujetar los riñones. Separa un poco los visillos, justo para enmarcar en ellos la cara y escudriña hacia afuera con cuidado de que no la vea la vecina.

Mírala, ahí anda, como una comadreja. ¿Ves la punta de la escalera en la esquina de la tapia?

¡Eh!, ¡en la casa! ¡Buenos días!

Una voz aguda se cuela en la habitación. Mamá me agarra de la manga para que me agache con ella bajo el quicio de la ventana.

Nos quedamos por un rato arrodilladas de cara a la pared. La respiración agitada. Su cara, roja por el esfuerzo, sudorosa. Se aferra con fuerza a mi brazo para que no me incorpore. Habla a susurros.

Antes la tapia era más baja. Le pedí a tu padre que la subiera. Porque esa tapia es nuestra. Para que lo sepas.

También yo susurro.

No entiendo nada. Si erais amigas, muy amigas...
Las cosas se acaban. Y cuando se acaban, se entierran.

Vuelve la cabeza hacia papá al decir eso.

Pero esto es diferente, la conocéis hace mucho. Y papá ha muerto. Debería saberlo.

Sin soltarme y ya aparentemente tranquila, me apunta con el mando de la tele muy cerca de la cara.

Esa no pisa aquí, te lo advierto.

Entonces ¿no vas a avisar a nadie? ¿a ningún familiar? ¿ni a las tías siquiera?

Mejor me voy, que va a empezar la telenovela.

Se aleja a gatas desde la ventana hasta las butacas y allí se incorpora.

Eres increíble, mamá —susurro—. ¿Cómo pudiste ponerte a ver la tele con él muerto aquí?

Gira el cuello levemente mientras camina hacia el pasillo. De repente, se para en seco. Vuelve y recoge sus pantuflas. Al llegar al quicio de la puerta, se gira otra vez.

Baja la persiana ahora mismo. Que no quede ni una ranurita ¡Lo quiero todo hermético! Que si no, se nos va a llenar esto de moscas.

Y, te lo advierto, tus tías tampoco pisan aquí.

¿Y la Tata, madre?! ¿No piensas llamar a mi Tata?